

El llamado hecho a Moisés y el llamado hecho a nosotros (3.1—4.26)

Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Angel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí (3.1–4).

Era un día como lo había sido cualquier otro durante los últimos cuarenta años. Moisés estaba apacentando el rebaño en el desierto que estaba cerca del monte Horeb. Tal vez Moisés pensaba en todas las cosas a las que había renunciado en Egipto, por haber matado al capataz egipcio. Había sido miembro de la familia real, con posibilidades de llegar a ser faraón; ahora era un apestoso arreador de ovejas.

El arrear ovejas significaba tener que quedarse afuera en el campo con las ovejas, y estar viajando. En el estéril desierto tenía que mantener a sus ovejas en constante movimiento con el fin de hallar alimento para ellas. Fue aquí, en el monte Horeb, en el extremo opuesto del desierto, donde recibió el llamado de Dios:

... lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios. Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias... Ven, por tanto, ahora y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel (3.4–10).

El relato del llamado de Moisés por parte de Dios, guarda un asombroso parecido con nuestro llamado a Cristo y nuestro llamado al servicio cristiano.

EL LLAMADO DE DIOS

Dios no habla desde zarzas ardientes, ni a través de ángeles para obtener nuestra atención, sino que nos llama a través de Su palabra. Podemos saber cuál es Su voluntad para nosotros. Él desea que lleguemos a ser fieles seguidores Suyos. Dios nos llama a ser cristianos fieles todo el tiempo, pero especialmente en momentos difíciles de nuestras vidas: una enfermedad o una muerte en la familia, una dificultad financiera, un fracaso de negocios o un período de desánimo.

Jesús contó una parábola acerca de un hijo que lo tenía todo: una buena vida con su padre y su hermano, un hogar cómodo y todas sus necesidades satisfechas. ¿Por qué decidió abandonar el hogar? No lo sabemos; pero lo cierto es que salió con la parte que le correspondía de la herencia de su padre. Disfrutó de su herencia antes de tiempo, antes de que su padre muriera. Pronto desperdició todo su dinero. Hallándose sin empleo, no tardó mucho en conocer la necesidad.

Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me

levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti (Lucas 15.15–18).

Este engréido joven volvió en sí en los momentos más difíciles de su vida, y los recuerdos de su amoroso padre lo hicieron volver a casa. Gracias a Dios por tales valles en nuestras vidas, los cuales nos llaman a salir de la infidelidad para volver a casa con nuestro Padre celestial.

Tal vez fue en este mal momento en la vida de Moisés, cuando Dios lo confrontó. Tal vez Moisés estaba pensando en el pueblo de Dios, el cual todavía estaba esclavizado en Egipto. ¿Qué iba a hacer acerca del llamado de Dios?

TEMOR

Estando ante la sobrecogedora presencia de la gloriosa majestad de Dios, Moisés se cubrió su rostro. Era indigno de tal aparición. Por supuesto que estaba asustado. Había oído acerca de Dios, pero no lo conocía.

Una de las maravillas de ser cristianos es que cuando Dios se nos da a conocer en su gloriosa majestad, no tenemos por qué estar asustados de Él. Él será admirado, adorado y alabado, pero no será causa de temor. Dios es «aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 24).

El Día del Juicio, el cristiano no tendrá temor. Colosenses 1.21–23, declara: «... ahora [Él] os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprehensibles delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio...».

Para los que se encuentran fuera del abrazo amoroso del Salvador, no obstante, el encontrarse con Dios puede ser una experiencia aterradora, incluso aquí en la tierra. Vemos nuestras propias flaquezas. Nuestros pecados pasados nos persiguen. Nuestras actitudes nos repugnan. No es de extrañar que a los perdidos les aterrorice la idea de tratar con el Señor Dios Todopoderoso en sus vidas. Al principio pueden decir: «¡No querrás decir que estoy perdido! Yo creí que todo el mundo iba para el cielo». Gradualmente comienzan a decir: «¡Oh no! No estoy preparado. ¿Qué debo hacer?». Hay personas que llegan a este extremo, y luego, al igual que Moisés, ocultan sus ojos. No desean oír ni ver más acerca de Jesús ni del evangelio.

Una maestra de primaria perdió los ahorros de su vida en una treta de negocios, la cual había sido tendida por un estafador. Cuando la inversión de ella desapareció, y sus sueños fueron hechos añicos,

se acercó a la Better Business Bureau.¹ «¿Por qué no se acercó a nosotros antes?», le preguntó el oficial. «¿No conocía usted de la existencia de la Better Business Bureau?». «Sí», dijo la dama con tristeza, «siempre he conocido de la existencia de ustedes, pero no vine porque temía que me aconsejaran no hacer tal negocio». Así es la naturaleza humana. Aun cuando sabemos dónde están las respuestas, —en Cristo Jesús y en su palabra— muchos jamás nos acercamos allí por temor de lo que nos aconsejarán.

Note lo que Dios le ordenó hacer a Moisés, cuando éste, por fin se dio cuenta quién era el que le estaba hablando: «... quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en el que tú estás, tierra santa es». Dios sólo mora en lugares santificados, en lugares especiales y santos. Esta zarza, al estar Dios en ella, se había convertido en un lugar santo, sobrecogedor. A Moisés se le ordenó quitarse su calzado ante su presencia. Lo que se le pidió a Moisés pudo deberse a que *esa era una antigua forma de culto* o porque *los esclavos no llevaban calzado*. Moisés fue reducido al estatus de un esclavo, cuando estuvo ante la presencia de Yavé. Dios estaba diciendo: «¡Moisés, eres Mi esclavo (Quítate el calzado)!». El gran YO SOY no esperó de Moisés menos que una total sumisión a Su voluntad por el resto de su vida.

TITUBEO

Sumisión

Cuando Moisés se quitó su calzado y escuchó a Dios, él tomó la postura de un siervo que decía: «Heme aquí». No obstante, Dios lo asombró. Los que son llamados por Dios a través del evangelio, se quedan embelesados por el profundo amor que llevó a Cristo a la cruz por el bien de ellos. Al igual que las personas que comienzan a oír la invitación de Cristo, Moisés no se dio cuenta al principio en qué era lo que se estaba metiendo. ¡El Dios que desea ser nuestro Salvador, también desea ser nuestro Señor! La gracia de Dios es gratuita, sin embargo ello significa dar cabida a que Dios ocupe el trono de nuestros corazones.

Moisés escuchó a Dios cuando decía:

Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los

¹Organización de carácter privado extendida por todos los Estados Unidos, que tiene por objeto velar por la honradez de las transacciones comerciales, investigando las quejas presentadas por particulares e interviniendo ante los comerciantes poco escrupulosos.

egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel, a los lugares del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo. El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen (3.7-9).

A estas alturas, Moisés estaba pensando: «Yo sé que mi pueblo está sufriendo, pero ¿qué tengo que ver yo con todo esto?». El Señor no dejó que Moisés se lo preguntara por mucho tiempo. Le dijo: «Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel» (3.10). Moisés estaría emprendiendo un curso de acción que significaba dejar completamente atrás un período de cuarenta años, en los que estuvo arreando ovejas. Han pasado miles de años y no es mucho lo que la gente ha cambiado. Moisés puso excusas tan modernas como las que oímos hoy día.

Excusas

La primera excusa de Moisés fue un «No puedo»: «¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?» (3.11). «¡Señor, no puede ser! Soy un arreador de ovejas, de ochenta años de edad. No tengo influencia alguna sobre Faraón ni sobre el pueblo de Israel. Ya eché a perder la oportunidad cuarenta años atrás, al matar a aquel egipcio».

El llegar a ser cristiano es una gigantesca empresa. ¡El servir a Cristo es difícil a veces! Jesús siempre está incomodándonos. Siempre está retándonos a vivir mejor, a servir más, a ser más santos. Jesús no está contento con un cristianismo que se reduce a los domingos por la mañana, los domingos por la noche y los miércoles por la noche. Él desea nuestros lunes, nuestros días difíciles, nuestros días de enojo, los días cuando tenemos problemas con el dominio propio. Lo más difícil de hacer como cristianos, cuando nos deslizamos, es tratar de no perder la esperanza en Jesús o en nosotros mismos. Necesitamos confesar nuestro pecado, aceptar el perdón, y seguir andando con Jesús. Algunos dicen: «Sencillamente no puedo». Este es el mensaje de Dios tal como aparece en el Antiguo Testamento: «No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré...» (Hebreos 13.5-6; cfr. Éxodo 3.12). Estamos capacitados por el poder del Espíritu Santo de Dios que vive dentro de nosotros. Como cristianos que somos, jamás se nos deja sin poder que nos ayude, jamás se nos deja sin el poder de Dios.

¡Podemos vivir la vida cristiana! Si el deseo ardiente de nuestros corazones es servir a Jesús, lo podremos hacer a través del Espíritu. Jamás se nos deja solos en nuestra caminata con Jesús. Tenemos hermanos y hermanas en el Señor. Moisés no entendía en aquel momento, que él no haría su obra solo. Su hermano Aarón le ayudaría.

La segunda excusa de Moisés fue un «No tengo suficiente conocimiento»: «Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?» (3.13). Lo que Moisés estaba preguntando era: «Al fin y al cabo, ¿quién eres Dios?», la respuesta de Dios no fue en realidad una respuesta. «Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros» (3.14). Después de todo, ¿quién es Dios? ¿Pueden las palabras humanas expresar la majestad y la gloria de lo que Dios es? Recuerde al endemoniado de la tierra de los gadarenos: el hombre que se cortaba a sí mismo con rocas y que vivía en las tumbas —un demente. Cuando Jesús lo sanó, el hombre quiso ir con Jesús. Jesús le dijo: «Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo» (Lucas 8.39a).

Si yo le pidiera a varios cristianos que me contaran lo que el Señor ha hecho con ellos, habría algunos que no podrían contarlo. Eso es una pena. Podrían decir que no conocen las Escrituras lo suficiente, como para responder a todas las preguntas que alguien pudiera hacerles. Usted no tiene que saber todas las respuestas; ¡todo lo que necesita saber es cuán grandes cosas ha hecho Cristo con usted!

La siguiente excusa fue: «El pueblo no me creerá». Moisés dijo: «He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido Jehová» (4.1). Moisés estaba completamente en lo correcto al esperar que el pueblo no le creyera. ¡Habían sufrido tanto! Nadie que viviera en aquellos tiempos podía recordar otra cosa más que la terrible esclavitud.

Podríamos decir: «Si obedezco a Cristo, voy a tener que hablar de mi fe, pero la gente no creerá». Tal vez no crea, pero es nuestra responsabilidad enseñar.

Dios le dio a Moisés una vista anticipada de las maravillas que tendrían lugar (4.2-9), pero Moisés continuó poniendo excusas, hasta que el enojo del Señor se encendió en contra suya (4.10-14). El amor de Dios por Israel era tan fuerte, que no permitiría que el desgano de Moisés frustrara Sus propósitos.

UNA DECISIÓN

La poca fe de Moisés fue suficiente para que decidiera volver a Egipto, y ¡mire lo que Dios hizo a través de él! ¡No se necesita una montaña de fe para cambiar su vida! ¡Todo lo que se necesita es una pequeña semilla que usted esté dispuesto a sembrar en su vida! ¡Moisés estuvo dispuesto!

Esto es lo que leemos: «Entonces Moisés tomó su mujer y sus hijos, y los puso sobre un asno, y volvió a tierra de Egipto. Tomó también Moisés la vara de Dios en su mano» (4.20). No olvide que éste fue el más grande acto de fe que Moisés hubiese llevado a cabo alguna vez en su vida. Este es también el versículo más importante del Éxodo. Las cosas comenzaron a cambiar cuando Moisés se sometió a Dios. Recuerde que las cosas cambiarán cuando usted se someta al Señor.

Los versículos 24 al 26, son algunos de los versículos del Éxodo, que mayor perplejidad causan. Moisés y su familia se encontraban camino a Egipto, pero ellos no habían circuncidado a su hijo.

Y aconteció en el camino, que en una posada Jehová le salió al encuentro, y quiso matarlo. Entonces Séfora tomó un pedernal afilado y cortó el prepucio de su hijo, y lo echó a sus pies, diciendo: A la verdad tú me eres un esposo de sangre. Así le dejó luego ir. Y ella dijo: Esposo de sangre, a causa de la circuncisión (4.24–26).

Algunos eruditos dicen que fue que Moisés se puso muy enfermo, que esta fue la forma como el Señor se le manifestó en esa ocasión, pero no podemos estar seguros. Lo que sea que haya sido, lo cierto es que Moisés corrió peligro por no haber circuncidado a su hijo. Recuerde que esta ordenanza de Dios fue dada durante el tiempo de Abraham, y antedataba a Moisés por varios siglos. Moisés era circuncidado. Él sabía que era incorrecto dejar incircunciso a su hijo. Tal vez Séfora no deseaba que su hijo se circuncidara. Ella era madianita de raza y de religión. Se apresuró a circuncidar al muchacho y tocó a su esposo con el prepucio, y la ira del Señor fue aplacada. Creo que este fue el momento en que Moisés entendió el secreto de la sumisión total a la voluntad de Dios.

Dios toleraría que la fe fuera tan pequeña como un grano de mostaza, pero no toleraría la desobediencia. Esta era una cuestión mayor que la circuncisión. Era cuestión de sumisión al Señor de los cielos. Era cuestión de discipulado.

Aunque Moisés se inició en su servicio a Dios con una fe del tamaño de una semilla de mostaza, esa fe creció hasta convertirse en un compromiso completamente maduro. No podemos ser salvos

mediante un cristianismo carente de compromiso, tal como Wilbur Rees lo describe:

Me gustaría comprar tres dólares de Dios, por favor, no tanto que me llene el alma hasta explotar o que perturbe mi sueño, sino lo suficiente que equivalga a una taza de leche caliente o a una siesta bajo la luz del sol. No quiero tanto como para hacerme amar al hombre de raza negra, o para ponerme a recoger remolachas con un inmigrante. Quiero éxtasis, no transformación; quiero la calidez del vientre, no un nuevo nacimiento. Quiero una libra del Eterno en una bolsa de papel. Me gustaría comprar tres dólares de Dios, por favor.

CONCLUSIÓN

Si usted está perdido, fuera de Cristo, y ha estado pensando en darle su vida a Jesús, pero no logra concretar la acción —si tiene dudas— usted no está solo. Moisés, el gran dador de la ley, tuvo algunas dudas.

Moisés le dijo «Sí» a Dios. Aceptó una de las más grandes misiones que jamás se le haya encomendado a ser humano alguno. Cumplió su misión por el poder de Dios. Hemos sido llamados a través del evangelio para llegar a ser cristianos. ¿No responderá al llamado? Como cristianos que somos, se nos ha encomendado la Gran Comisión de ir a todo el mundo con el evangelio, y debemos poner nuestro mejor empeño en el cumplimiento de nuestra misión. ■

Breve bosquejo de Éxodo¹

- I. Los hebreos en Egipto (1.1—12.36)
 - A. La esclavitud en Egipto (1)
 - B. La preparación de Moisés (2—4)
 - C. La dificultad con Faraón (5—11)
 - D. La Pascua (12.1—36)
- II. Los hebreos pasan de Egipto a Sinaí (12.37—18.16)
 - A. El éxodo (12.37—15.21)
 - B. El viaje a Sinaí (15.22—17.16)
 - C. La visita de Jetro (18)
- III. Los hebreos en Sinaí (19—40)
 - A. La ley es dada (19—24)
 - B. El diseño para el tabernáculo es dado (25—31)
 - C. La idolatría del pueblo (32—34)
 - D. La construcción del tabernáculo (35—40)

¹ William Smith, *Old Testament History (Historia del Antiguo Testamento)* (Joplin, Mo.: College Press, 1970), 139–40.